

haga insertar en los periódicos de Holanda, de Alemania y de París una serie de artículos anunciando además, los preparativos, después el desembarco, finalmente el pleno éxito de una expedición absolutamente fantástica de Murat en Sicilia. «Poned,—le decía,—por detalles, que el rey Joaquín ha salido con 30.000 hombres, que ha dejado la regencia á su mujer, que ha desembarcado al Faro... á fin de que en Londres se crea eso y pueda alarmarles.» —19 de Noviembre.—Todo eso era de pura invención y debía ser objeto de una docena de artículos. Era, pues, mediante un hecho realizado como se proponía sorprender y arrastrar á Inglaterra. Por lo demás no rehusaba admitir en la negociación «ora al rey que reinaba en Suecia, ora al rey que reinaba en Sicilia, ora al rey que reinaba en el Brasil;» mas la proposición de admitir los insurgentes españoles no podía ser considerada de parte del gobierno inglés sino como un insulto.... ¿Qué habría dicho el gobierno inglés si el gobierno francés hubiese propuesto admitir los *insurgentes católicos de Irlanda?*

Napoleon se equivocaba en todo y por todo suponiendo que tales argumentos eran por su naturaleza capaces de hacer impresión en el gabinete británico. Cometía un error todavía más profundo atribuyendo al ministerio Cannig las aprehensiones y tendencias ultra-pacíficas de los gabinetes de Adington ó de Fox. A despecho de los reveses de las potencias continentales la fuerza y los recursos de Inglaterra no habían hecho sino acrecentarse en estos últimos años. El bloqueo continental había acabado de poner en sus manos el monopolio del comercio del mundo, y desde el momento sobre todo que se había visto producir los primeros síntomas de una disolución del gigantesco imperio de Occidente, ni el gobierno ni la nación deseaban la paz. El gabinete británico se apresuró en consecuencia á poner fin á este simulacro de negociación por medio de una declaración clara y categórica que no dejaba ninguna salida á nuevos subterfugios. Protestó solemnemente de su firme intención de no abandonar la generosa nación española, y de combatir por todos los medios «una usurpación que no tenía nada de comparable en la historia del mundo.» Hizo además seguir á esta nota una declaración dirigida á Europa en la que se leían estas palabras notables: «Si entre las naciones que preservan contra Francia una independencia dudosa y precaria, se encuentra alguna que igualmente en este momento balancea entre la ruína cierta que resultará de una indolencia prolongada, y los peligros inciertos de un esfuerzo

para escapar de esta ruína, la perspectiva engañosa de una paz entre la Gran-Bretaña y la Francia no dejaría de ser singularmente funesta á estas naciones. La vana esperanza de la vuelta de la tranquilidad podría quebrantar sus resoluciones.»—15 Diciembre.

El emperador había abandonado á París el 29 de Octubre, después de haber abierto la sesión del Cuerpo legislativo y anunciado solemnemente «que iba á coronar en Madrid al rey de España y plantar sus águilas en los fuertes de Lisboa,» compromiso teatral y presuntuoso al cual faltaba la sola justificación que le hubiese podido servir de excusa, es decir, una pronta y completa realización. El 3 de Noviembre, estaba en Bayona, acelerando la marcha de esta oleada de hombres, de caballos, de equipajes que desde dos meses antes no había cesado de atravesar esta ciudad. De los ocho cuerpos de ejército que debían formar el ejército de España independientemente de la guardia y de la caballería pesada, casi seis estaban ya engolfados en la Península, y los cuerpos de Mortier y de Junot quedaban solo detrás. Todas estas tropas habían sido encaminadas hacia los Pirineos antes que nada estuviese dispuesto para recibirlos, el pasaje de un tan grande número de hombres por malos caminos y en localidades desprovistas de todo, había producido un desorden indescriptible y aumentado la escasez general por el desperdicio de los pocos recursos que no había podido procurarse. Napoleon se apresuró á restablecer el orden con severas reprimendas dirigidas á sus administradores militares. Pero ahí aún más que en otra parte se tuvo la ocasión de señalar muy atentos todas las medidas que debían asegurar los abastecimientos estrictamente militares de sus tropas, tales como las municiones, objetos de equipo, provisión de zapatos, capotes, etcétera, apenas se ocupaba de las que tenían por objeto asegurar el bienestar y el sustento del soldado. Iba igualmente hasta á renunciar á estas últimas para llevar toda la atención de sus administradores en los otros. «Desistid de enviar las reservas de víveres, estoy en la abundancia de todo, no faltan sino las cajas de municiones, los transportes militares, los capotes y los zapatos; yo no he visto jamás un país en donde el ejército estuviese mejor alimentado.» Teniendo más que nunca por máxima que la guerra tenía que alimentar la guerra, deseoso de aplicarla á España á fin de hacerle sentir mejor el peso de las calamidades que había osado desafiar, dejaba á cada cuerpo el cuidado de alimentarse él mismo y de vivir como pudiese. El pillaje, en lugar

de ser exceso de un instante, venía á ser desde entonces un recurso regular é indispensable á la subsistencia de las tropas. Se convertía en una institución militar. No era solamente á un ejército impaciente de vengarse, sino partidas hambrientas á las que se iba á entregarse á los desgraciados españoles.

Durante los tres meses que acababan de pasar, nuestro ejército de España había permanecido poco menos que inmóvil en sus posesiones sobre el Ebro, limitándose á descubrir las tentativas poco formidables y mal concertadas que hicieron los ejércitos de la insurrección para adelantarse sobre sus dos alas, de un lado en Vizcaya hacia Bilbao, del otro sobre la ribera de Aragón. José, que ardía en deseos de crearse una gran reputación militar, había concebido ó acogido más de un plan para atacar y, si pudiese, destruir los cuerpos que se le oponían, pero Napoleon había puesto su veto á todos estos hermosos proyectos. Decidido á obrar en España con medios inmensos, convenía á sus designios animar por su aparente inercia la confianza y la audacia de los generales españoles, no entrar en acción sino en el momento en que tendría reunidas las fuerzas suficientes para aplastarlas de un solo golpe, y entonces aparecer de improviso como el *Deus ex machina*. Este momento había llegado finalmente. En el estrecho espacio que se extiende de los confines de Vizcaya á la ribera de Aragón, había ya concentrado cinco cuerpos de ejército, mandados por Lefebvre, Victor, Soult, Ney y Moncey que iba á ser reemplazado por Lannes. Un sexto, mandado por Saint-Cyr y destinado á obrar aisladamente estaba á punto de penetrar en Cataluña. Había además con él la guardia y un numeroso cuerpo de caballería que mandaba Bessieres.

Por mucho que fuese su celo y su patriotismo, los españoles estaban mal preparados para soportar esta prueba siempre tan peligrosa, que consiste en mantener y en consolidar las ventajas obtenidas en un primer esfuerzo de entusiasmo. Los milagrosos sucesos de su insurrección había exaltado los corazones más tímidos y levantado la nación á sus propios ojos, pero había hecho nacer entre su gente poco ilustrada é igualmente entre muchos de sus jefes una confianza llena de ilusiones. La tarea se consideraba como acabada al momento en que iba á ser más difícil que nunca. Se entregó á las competencias de poder, á las rivalidades de ambiciones, á las envidias de campanario, esto en el momento en que la defensa nacional debía sólo absorber todos los pensamientos.

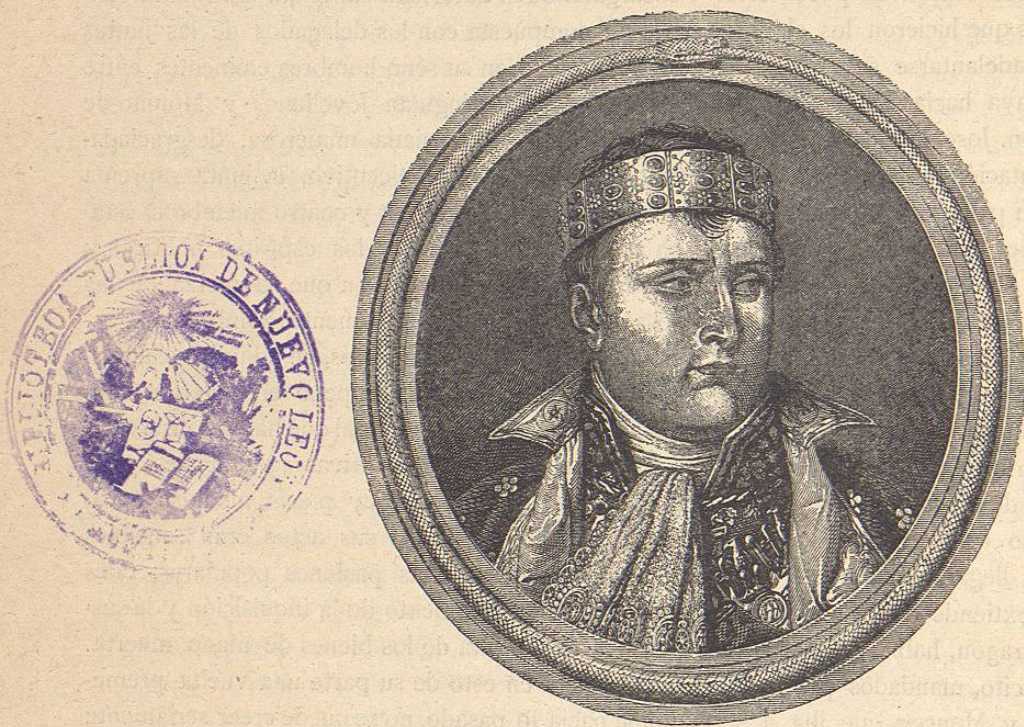
En lugar de organizar fuertemente el ejército, de ejercitarle y de llamar toda la gente válida, de escoger fuertes posiciones defensivas, perdía en vanas discusiones y en proyectos quiméricos el tiempo que Napoleon empleaba en amontonar regimientos sobre la ribera izquierda del Ebro.

El sentimiento de las necesidades de la situación había sido desde luégo bastante poderosa para decidir las juntas locales que habían hecho la insurrección para abdicar en favor de una *junta central* encargada de la autoridad suprema. Esta junta central fué compuesta con los delegados de las juntas locales; reunió en su seno hombres eminentes entre los cuales se distinguían Jovellanos y Moniño de Floridablanca. Demasiada numerosa, desgraciadamente, para un cuerpo ejecutivo, la junta suprema que contaba hasta treinta y cuatro miembros, estaba además dominada por los espíritus políticos y literarios en circunstancias en que la fuerza de las cosas reclamaba imperiosamente hombres de acción. Hizo muchos manifiestos, se adjudicó ella misma títulos magníficos, se empeñó en estériles contestaciones con el consejo real que había conservado sus atribuciones administrativas y judiciales, y no tomó en definitiva sino muy pocas medidas eficaces. Algunos mismos de sus actos eran sensibles concesiones hechas á las pasiones populares; tales fueron el restablecimiento de la inquisición y la suspensión de la venta de los bienes de mano muerta. Que hubiera en esto de su parte una vuelta premeditada hacia lo pasado, no se puede creer seriamente cuando se piensa que el promotor de estas medidas era este mismo Floridablanca que había sido el embajador de Carlos III, cerca del papa Ganganelli, en la época en que Aranda había operado sus famosas reformas; mas esto era una protesta mal entendida contra las pretensiones del despotismo francés. Napoleon acusaba los monjes y la inquisición, esto bastaba para que se les restableciese. Hacer á la inquisición popular, hé ahí cuál era el primer resultado de esta política tan celebrada.

Las medidas militares que hubieran debido ser la preocupación única en una crisis tan peligrosa, no habían podido sino sufrir las dudas y la incapacidad del poder central. Los ejércitos del Mediodía se habían aproximado á las provincias del Norte; las tropas de Sevilla, de Granada, de Valencia habían venido sobre el Ebro, bajo la dirección de Castaños, á dar la mano á los insurgentes de Castilla y á los aragoneses defensores de Zaragoza; los diez mil compañeros de La Romana habían venido después de su romancesca evasión á juntarse á los subleva-

dos de Galicia y de Asturias que mandaba el general Blake; pero á pesar de muchos decretos en el papel, el efectivo de estos ejércitos había aumentado poco, su armamento era defectuoso, su disciplina detestable, y no se había llegado siquiera á asegurar su aprovisionamiento. A excepción de algunas viejas tropas regulares, ofrecían el espectáculo de una reunión tumultuosa más bien que el de cuerpos disciplinados y capaces de emprender las operaciones militares.

Con tales elementos, un solo sistema ofrecía algunas probabilidades de sucesos contra un adversario tan formidable como Napoleón y las fuerzas humillantes que tenía reunidas. Evitar toda acción general, retirarse paso á paso ante él sobre los puntos de reunión designados por adelantado, dejarle que fuera entrando y derramando sus tropas por los vastos espacios de la Península, no mantenerse más que en posiciones de una fuerza reconocida, limitarse, en fin, lo más á menudo á hostigar sus cuer-



NAPOLEON REY DE ITALIA

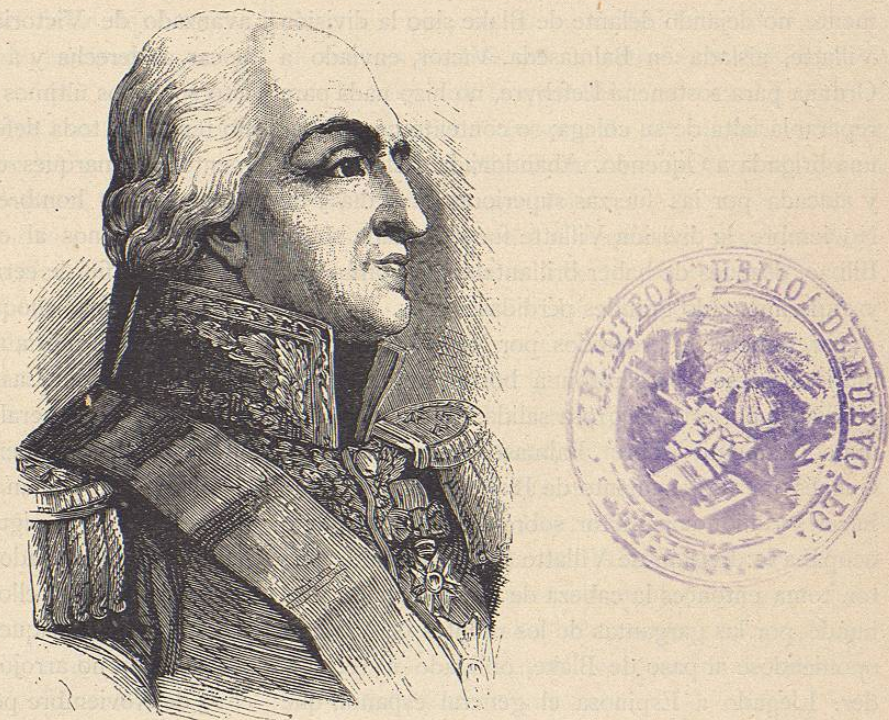
pos, á interceptar sus comunicaciones, á arrebatár sus convoyes, tal era la táctica indicada á la vez por la naturaleza del país y por la debilidad de los recursos que un militar de los más distinguidos, el general Dumourier, acababa de recomendar él mismo á los insurgentes españoles en una especie de manual compuesto especialmente por ellos. Esta conducta era la sola posible, y los dos más hábiles generales que poseía entonces España, Blake y Castaños no pensaban en este punto de otra manera que Dumourier. Mas un plan tan prudente no podía agradar ni á la presunción de masas poco ilustradas que querían atacar sobre la marcha á Napoleón para destruirle, ni á la desconfianza suspicaz de las provincias que, abandonadas en apariencia, consideraban todo movimiento retrógrado como una traición, y los dos generales carecían de la autoridad necesaria para imponer sus ideas.

En el momento en que Napoleón vino á España para ponerse á la cabeza de sus tropas, las fuerzas españolas se repartían en cuatro grupos principales formando al rededor de las posiciones francesas en el Ebro un vasto semicírculo que se extendía desde las montañas de Vizcaya hasta las de Caparoso en la ribera de Aragón. Blake operaba sobre la izquierda con treinta y cinco ó cuarenta mil hombres, á los alrededores de Balmaseda, cubriendo Vizcaya, Santander, Asturias, y amenazando las comunicaciones por el camino de Bayona. Al centro, el ejército de Castaños coronaba el Ebro de Cintruénigo á Calahorra, uniéndose al ejército de la derecha, mandado por los hermanos Palafox, de Tudela á Caparoso, y formando con ésta un poco más de cuarenta mil hombres. Detrás de estas posiciones avanzaba con reserva hacia Burgos, el ejército de Extremadura, mandado por Galuzo, quien acababa

de reemplazar el joven marqués de Belveder; quien no había aún completado su efectivo y no tenía más que una quincena de miles de hombres bajo sus órdenes.

En Cataluña había un quinto ejército; pero acantonado en esta región excéntrica como en una especie de campo cerrado, en donde iba á encontrarse con Saint-Cyr y Duhesme, no podía ejercer ninguna influencia en el conjunto de operaciones. Se aguardaba también de un día á otro la cooperación

del ejército inglés de Portugal, quien debía venir á reforzar el ejército de Extremadura; mas su intervención estaba aún forzosamente lejana. El general Moore que lo mandaba, obligado á operar por tierra su unión con un cuerpo desembarcado en la Coruña, partiendo el mismo de Lisboa, tenía que ejecutar marchas largas y difíciles, antes de poder tomar ninguna parte en las operaciones de la campaña. A los obstáculos que resultaban del tiempo, del mal estado de los caminos, de la difícil-



MARISCAL MONCEY

tad de alimentarse sin saquear, habían venido á juntarse los retardos causados por la mala voluntad de las autoridades españolas. Su lugarteniente Baird había sido detenido en cuarentena en la Coruña, y se fué á Madrid para negociar el libre paso de un cuerpo de auxiliares.

Era, pues, con 90.000 hombres apenas, que los jefes españoles estaban encargados de detener á los cinco cuerpos de ejército que Napoleón tenía ya en el Ebro. Compuestos de 25.000 hombres término medio, estos cuerpos formaban con la guardia y la caballería de Bessieres una fuerza total al menos de 160.000 hombres. Napoleón no tenía, por decirlo así, sino que marchar adelante para destrozár en todos los puntos la línea española, que parecía haberse querido extender desmesuradamente, como para aumentar aún su debilidad. Su

plan á la vez muy simple y muy decisivo, consistía en cortarlo en dos, llevándose directamente sobre Burgos, que no estaba cubierto sino por el débil destacamento del Belveder. Una vez llegado, haría descender sus cuerpos por la derecha é izquierda para rodear los dos principales ejércitos españoles, arrojándoles el uno al mar, el otro á los Pirineos, ó todo lo menos metiéndoles entre dos fuegos.

Los combates que se habían librado á la víspera de su entrada en España, por una parte en Zaragoza, entre Blake y Lefebvre, por el otro en Logroño y Lerín, entre Ney y Castaños, Moncey y Palafox, habrían podido perjudicar este plan determinado los españoles á la retirada; mas en realidad no le habían comprometido de ningún modo, puesto que sus posiciones habían quedado las mismas á poco menos. Napoleón quería principiar por destruir el